

## Día de buenas noticias

**D**urante toda su vida, la hermana Romelia se ha dedicado a hacer evangelismo en la puerta de la iglesia.

En 2 Reyes 6: 24-7: 16 aparece la historia del sitio de Samaría, bajo el reinado de Ben Adad de Siria. Como consecuencia de este hecho hubo mucha hambre en Samaría. Tal era la desesperación, que dos mujeres llegaron a ponerse de acuerdo para comerse a sus hijos. En medio del relato aparecen cuatro leprosos que decidieron ir al campamento de los sirios y pedir misericordia, pero al llegar a la entrada del mismo, se dieron cuenta de que no había nadie. Dios había hecho un milagro, los enemigos asustados habían huido, dejando todo lo que tenían: botines de guerra, comida, caballos, etcétera. Los leprosos saciaron su hambre, fueron de tienda en tienda y tomaron para ellos vestidos, joyas, plata y oro.

En ese momento de alegría les asaltó un pensamiento y comenzaron a reflexionar. Se dijeron: «No estamos haciendo bien. Hoy es día de buenas noticias y nosotros callamos. Si esperamos hasta el amanecer, nos alcanzará nuestra maldad. Vamos pues, ahora, entremos y demos la noticia en la casa del rey» (2 Rey. 7: 9). Como los cuatro leprosos, nosotros hemos sido beneficiados por la gracia abundante de Dios, hemos sido perdonados, liberados de las manos del enemigo, transformados por el poder del Espíritu Santo y llamados «hijos de Dios». En nuestros oídos laten las palabras de aquellos cuatro le-

prosos: «Hoy es día de buenas noticias [...]. Vamos pues, ahora».

El plan de Dios para el mundo es que TODOS sean salvos. Hay dos promesas maravillosas en la Biblia que así lo confirman: «Porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo» (Rom. 10: 13) y «porque de tal manera amó Dios al mundo [...] para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16, RVC). Ahora bien, hay un imprevisto en el plan perfecto de Dios, él quiere que todos se salven, pero cómo se va a producir el milagro, cómo van a conocer de él, si no hay alguien dispuesto a predicarles, a decirles que en Dios hay salvación, que hay alguien que los ama (ver Rom. 10: 14). En nuestras manos está la carta de liberación de sus vidas.

Romanos 10: 15 dice: «Como está escrito: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!"». Cuán hermoso es ver a los hijos de Dios colaborando, trabajando para él y con él cada día, predicando, invitando a otros a la casa de Dios, ayudando a los necesitados. Para estos fieles se cumple la promesa: «Yyo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo» (Mat. 28: 20, RVC).